

los brujos que he conocido tenían nombres acabados en *i* ó en *o*.

— Perfectamente, duque : su segundo nombre acaba como queréis.

— ¿ Y cuál es ese segundo nombre ?

— José Bálsamo.

— ¿ Y no tenéis medio de dar con él ?

— Pensaré en ello, duque, pues creo acordarme de alguno que le conoce.

— Bien; pero apresuraos, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.

— Estoy pronta. ¡ Eh ! mi coche.

Diez minutos después corrían al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa Dubarry.

VII

La caza del brujo

Una larga fila de carrozas obstruía las calles de árboles del bosque de Marly, en que el rey estaba cazando.

Aquella cazata era lo que se llamaba propiamente una cazata de siesta, porque, en efecto, durante los últimos años de su vida Luis XV no cazaba ya con escopeta ni redes, y se contentaba con ver cazar.

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído á Plutarco, se acordarán sin duda de aquel cocinero de Marco Antonio que de hora en hora colocaba un jabalí en el asador, á fin de que entre los cinco ó seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazón para el instante en que Marco Antonio se sentase á la mesa.

Consistía esto en que Marco Antonio tenía negocios á manos llenas en el gobierno del Asia menor ; administraba justicia por sí mismo ; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones, según asegura Juvenal, hallábase siempre sumamente ocupado. Tenía siempre cinco ó seis piezas en el asador, para cuando casualmente le permitían tomar un bocado sus altas funciones de juez.

Lo mismo sucedía á Luis XV, pues siempre contaba en las cacerías de siesta con dos ó tres corzos que se arrojaban al bosque á horas distintas, y con arreglo á

la disposición en que se hallaba elegía para su diversión el *halali* inmediato ó lejano.

El día de que hablamos había declarado S. M. que cazaría hasta las cuatro, por lo cual se había dado suelta á eso de las doce á un venado que prometía durar hasta la hora designada.

Por su parte se proponía madama Dubarry seguir al rey con tanta fidelidad como el rey se había propuesto seguir al venado.

Pero el cazador propone y Dios dispone : una combinación casual trastornó el magnífico proyecto de madama Dubarry ; de modo que ésta encontró en la casualidad un adversario casi tan caprichoso como ella.

Así fué que al paso que hablando de política con el señor de Richelieu corría al encuentro del rey, quien por su parte corría en pos del venado, y saludaban el mariscal y la condesa cortesmente á cuantos cazadores iban encontrando, divisaron ambos como á cincuenta pasos del camino y sobre la hierba de una verde pradera un pobre y desvencijado calesín roto, cuyas ruedas se habían vuelto al cielo como pidiendo compasión, en tanto que los dos caballos negros que debieran conducirle ramoneaban tranquilamente, el uno la corteza de los árboles y el otro la capa de musgo fresco que se extendía á sus pies.

Los caballos de madama Dubarry, preciosa pareja que el rey le regalara, habían dejado muy atrás á los demás carruajes, y fueron por consiguiente los primeros que llegaron al calesín volcado.

— ¡ Dios mío ! aquí ha habido alguna desgracia, dijo con tranquilidad la condesa.

— Á fe mía que sí, añadió el duque de Richelieu flemáticamente, porque en la corte nunca está en boga la sensibilidad ; ese calesín se ha hecho añicos

— ¡ Jesús ! ¿ no es un muerto eso que se ve sobre la hierba ? preguntó la condesa. Mirad, mirad.

— No lo creo, porque se mueve.

— ¿ Es hombre ó mujer ?

— Me es imposible decirlo, porque soy algo corto de vista.

— ¡ Toma ! nos está saludando.

— Lo cual indica que no ha muerto.

Y al mismo tiempo se quitó Richelieu su tricornio con la mayor política.

— ¡ Oh, oh, condesa ! dijo en seguida, me parece.....

— Y también á mí.

— Que es S. Em. el príncipe Luis.

— El cardenal de Rohán en cuerpo y alma

— ¿ Qué diablos hace aquí ?.....

— Ahora lo sabremos, dijo la condesa. Champagne, acerca el coche á ese calesín destrozado.

El cochero de la condesa se separó del camino y entró con la carroza en la pradera.

— No hay duda, es monseñor, dijo Richelieu.

Era él en efecto, que se había tendido sobre la hierba esperando á que pasase por allí algún conocido suyo ; de modo que al ver que madama Dubarry se dirigía hacia él, se levantó.

— Tengo el honor de saludaros, señora condesa, dijo con el mayor respeto.

— ¡ Cómo ! ¿ vos aquí, cardenal ?

— Ya lo veis.

— ¿ Pero á pie ?.....

— No, señor, sentado.

— ¿ Os habéis herido ?

— No por cierto.

— ¿ Y por qué casualidad os encontráis de ese modo ?

— No me habléis de eso por Dios : ese maldito

cochero, animal con dos patas si los hay, á pesar de haber venido de Inglaterra, ha entendido mis órdenes al revés, pues en vez de cortar el camino por el campo para alcanzar á los cazadores, ha hecho dar al calesín una vuelta tan rápida, que lo ha volcado, haciéndome perder el mejor carruaje que tenía.

— No os quejéis, cardenal, porque un cochero francés os hubiera roto la cabeza contra algún árbol ó las costillas contra algún ribazo.

— Quizás tenéis razón.

— Consolaos pues.

— ¡ Oh, condesa ! soy bastante filósofo : lo único que siento es verme precisado á esperar, porque esto es muy cruel.

— ¿ Qué es eso de esperar ? ¿ Puede un Rohán estar esperando alguna vez ?

— Ahora, por ejemplo. ¿ Cómo lo he de remediar ?

— No será así, pues primero bajaré de mi carroza que permitir que os quedéis de ese modo.

— Señora, por Dios ; me ruborizáis.

— Subid, príncipe, subid.

— Os doy mil gracias, señora ; pero deseo aguardar á Soubise, que anda corriendo la caza y no puede tardar en pasar por aquí.

— ¿ Y si toma otro camino ?

— No importa.

— Monseñor, dadme el gusto que os pido.

— Os repito, señora, que quedo muy reconocido á vuestras bondades.

— Mas ¿ por qué me desairáis ?

— Porque no quiero molestaros.

— Cardenal, si os empeñáis en desairarme, os juro que bajaré del carruaje, que haré á uno de mis pajes sostener la cola de mi vestido, y echaré á correr por el bosque como una Driada.

El cardenal se sonrió ; y conociendo que se interpretaría mal su obstinada resistencia, se decidió á aceptar el ofrecimiento que se le hacía.

El duque había cedido ya su puesto, que era el fondo del carruaje, colocándose al vidrio ; y aunque el cardenal no quería consentir aquel honor, se mantuvo el mariscal inflexible.

N. tardaron mucho los caballos de la condesa en ganar el tiempo perdido.

— Perdonad, monseñor, si os dirijo una pregunta, dijo la condesa al cardenal. ¿ Os habéis reconciliado ya con la caza ?

— ¿ Por qué me lo preguntáis ?

— Porque esta es la primera vez que os veo tomar parte en esta diversión.

— No lo creáis, condesa. Había venido á Versalles para tener el honor de ofrecer mis respetos á S. M., cuando he sabido que estaba en el bosque de Marly. Por otra parte, tenía que hablarle de un asunto muy urgente, y he corrido á su encuentro ; pero gracias á ese maldito cochero inglés, no sólo me será imposible hablar al rey, sino que faltará á una cita que tengo en la ciudad.

— Ya lo veis, condesa, dijo el duque riéndose : monseñor os declara francamente las cosas... Monseñor tiene una cita.

— Á la cual faltará sin la menor duda, repuso el cardenal.

— ¡ Y qué ! ¿ puede faltar á nada un cardenal y un príncipe ? replicó la condesa.

— Sería preciso que Dios hiciese un milagro.

El duque y la condesa se miraron, porque la palabra milagro les traía á la memoria un recuerdo reciente.

— Ya que de eso habláis, dijo la condesa, os declaro

con la mayor franqueza que celebro mucho haber encontrado hoy á un príncipe de la Iglesia para preguntarle si cree en ellos.

— ¿ En qué, señora ?

— ¡ Diantre ! en los milagros.

— La Sagrada Escritura nos los presenta como un artículo de fe, señora, respondió el cardenal tratando de tomar un aire de buen creyente.

— ¡ Oh ! yo no hablo de los milagros antiguos, repuso la condesa.

— ¿ Entonces de qué milagros habláis, señora ?

— De los milagros modernos.

— Confieso que esos son más raros, dijo el cardenal ; sin embargo.....

— Sin embargo, ¿ qué ?

— Puedo deciros que he visto cosas que si no eran milagrosas, cuando menos eran muy increíbles.

— ¿ Y habéis visto esas cosas, príncipe ?

— Á fe de caballero.

— Pero tened entendido, señora, dijo Richelieu riendo, que S. Em. pasa por estar en relación con los malos espíritus, lo cual no es quizás muy ortodoxo.

— No, pero debe ser muy cómodo, dijo la condesa.

— ¿ Y qué habéis visto, príncipe ?

— He jurado no revelarlo.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! la cosa se va haciendo más grave.

— Así es, señora.

— Pero si habéis prometido el secreto sobre la brujería, tal vez no lo habréis prometido sobre el brujo.

— No.

— Pues bien, príncipe ; debo deciros que el duque y yo hemos salido en busca de un brujo cualquiera.

— ¿ En verdad ?

— Á fe mía.

— Entonces tomad el mío.

— Con el mayor gusto.

— Está á vuestras órdenes, condesa.

— ¿ Y á las mías también, príncipe ?

— Y á las vuestras también, duque.

— ¿ Cómo se llama ?

— El conde de Fénix.

Madama Dubarry y el duque se miraron palideciendo ambos.

— ¡ Vaya una cosa extraña ! exclamaron á un tiempo.

— ¿ Acaso lo conocéis ? preguntó el príncipe.

— No. ¿ Y vos lo tenéis por un brujo ?

— No sólo lo tengo por brujo, sino por archibrujo.

— ¿ Le habéis hablado ?

— Sin duda.

— ¿ Y cómo os ha parecido ?

— Perfecto.

— ¿ Con qué motivo le hablasteis ?

— Pero.....

El cardenal vaciló.

— Con motivo de mi buena ventura que le he mandado decirme.

— ¿ Y ha adivinado exactamente ?

— Es decir, que me ha contado cosas del otro mundo.

— ¿ No tiene más nombre que el de conde de Fénix ?

— Sí tiene ; he oído llamarlo también.....

— ¿ Cómo, monseñor ? dijo la condesa con impaciencia.

— José Bálsamo, señora.

La condesa juntó las manos mirando á Richelieu, y éste se rascó la punta de la nariz mirando á la condesa.

— ¿ Es muy negro el diablo ? preguntó de súbito la condesa.

— ¡ El diablo !... Condesa, yo no he visto al diablo.

— ¿Cómo le decís esas cosas, condesa? exclamó Richelieu. Por cierto que es una linda sociedad para un cardenal.

— Pero, ¿os han dicho la buena ventura sin mostraros el diablo? preguntó la condesa.

— ¡Oh! ciertamente; no se muestra el diablo más que á las gentes de poco valor; en cuanto á nosotros, se prescinde de eso.

— En fin, príncipe, decid lo que queráis, pero yo creo que siempre hay algo de diablería en esas cosas.

— ¡Diantre! ya lo creo.

— Luces verdes, ¿no es verdad? Espectros, cacerolas infernales que apestan á chamusquina abominablemente.

— No, nada de eso; mi brujo tiene excelentes maneras; es un hombre muy galante y que recibe perfectamente á la gente.

— ¿No queréis que ese brujo os diga la buena ventura, condesa? preguntó Richelieu.

— Confieso que tengo muy vivos deseos.

— Entonces á ello, madama.

— Pero, ¿en dónde se hace? preguntó madama Dubarry esperando que el cardenal le daría las señas que ella buscaba.

— En una hermosa sala amueblada muy lindamente. La condesa no podía disimular su impaciencia.

— Bueno, dijo; pero ¿qué casa?

— Casa decente, aunque de una arquitectura singular.

La condesa pateaba del despecho de ser tan poco comprendida; pero Richelieu acudió á su socorro, y dijo:

— Pero ¿no estáis viendo, monseñor, que madama se impacienta porque no sabe ya en dónde vive vuestro brujo?

— ¿En dónde vive, habéis dicho?

— Sí.

— ¡Ah! muy bien, replicó el cardenal. Vive... aguardad... no... sí... no... Ya me acuerdo... vive en el Marais, casi á la esquina del baluarte, calle de San Francisco... de San Anastasio; no. Pero no importa, lo cierto es que la calle tiene el nombre de un santo.

— Pero ¿de qué santo? Decidnos de qué santo, vos que debéis conocerlos todos.

— Á fe mía que no; al contrario, conozeo muy pocos, dijo el cardenal; pero aguardad, mi tunante de lacayo debe acordarse.

— Precisamente viene en la trasera, dijo el duque. Para, Champagne, para.

Y el duque tiró del cordón que correspondía al dedo meñique del cochero.

— ¡Olivio! dijo el cardenal. ¿Estáis ahí, majadero?

— Sí, monseñor.

— ¿En dónde he estado una tarde... en el Marais, muy lejos?.....

El lacayo había oído perfectamente la conversación, pero quiso no darse por entendido.

— En el Marais, repitió aparentando que recapacitaba.

— Sí, cerca del baluarte.

— ¿Qué día, monseñor?

— Un día que volvía yo de San Dionisio.

— ¿De San Dionisio? repitió Olivio para darse importancia y tomar un aire más natural.

— Sí, de San Dionisio, y creo que el coche me aguardaba en el baluarte.

— Ya recuerdo, monseñor, ya recuerdo; y aun me parece que vino un hombre á poner en el coche un paquete muy pesado; ahora caigo.

— Es posible, respondió el cardenal; pero ¿quién te pregunta eso, animal?

— Entonces, ¿qué desea monseñor?

— Saber el nombre de la calle.

— Calle de San Claudio, monseñor.

— ¡San Claudio, eso es! exclamó el cardenal. Seguro estaba yo de que era un nombre de santo.

— ¡Calle de San Claudio! repitió la condesa lanzando á Richelieu una mirada tan expresiva, que el mariscal, temiendo siempre que pudiesen traslucirse sus secretos, especialmente cuando se trataba de conspiraciones, interrumpió á madama Dubarry, exclamando:

— ¡Condesa, condesa! ¡El rey!

— ¿En dónde?

— Allá abajo.

— ¡El rey, el rey! exclamó la condesa. Á la izquierda, Champagne, á la izquierda, y que no nos vea S. M.

— ¿Y por qué así, condesa? preguntó el cardenal azorado. Yo creía que me conducíais cerca de S. M.

— ¡Ah! es verdad. ¿Vos deseáis ver al rey?

— Es el único objeto de mi venida, señora.

— Pues bien: os van á conducir á la presencia del rey.

— ¿Pero y vos?

— Nosotros nos quedamos aquí.

— Sin embargo, condesa.....

— Príncipe, os ruego que no os molestéis; cada cual á su negocio. El rey está allá, en aquel bosquecillo de castaños; tenéis que ver al rey, y no debéis privaros de eso. ¡Champagne!

Champagne paró el coche.

— Champagne, déjenos usted apearnos, y conduzca usted á S. Em. á donde está el rey.

— ¡Cómo! ¿Solo, condesa?

— Vos solicitabais el oído del rey, señor cardenal.

— Cierto es.

— Pues bien, lo tendréis todo entero.

— ¡Ah! me colmáis de bondades.

Y el prelado besó con galantería la mano de madama Dubarry.

— Pero vos, ¿adónde os retiráis, señora? preguntó.

— Aquí, bajo estos robles.

— El rey os andará buseando.

— Tanto mejor.

— Y estará muy inquieto de no veros.

— Y eso le atormentará, que es lo que yo deseo.

— Sois adorable, condesa.

— Eso es precisamente lo que me dice el rey cuando le he atormentado. Champagne, luego que haya usted conducido á S. Em., vuelva usted al galope.

— Bien está, señora condesa.

— Adiós, duque, dijo el cardenal.

— Hasta la vista, monseñor, respondió el duque.

Y habiendo el lacayo bajado el estribo, el duque echó pie á tierra con la condesa, ligera como una fugitiva de un convento, mientras que la carroza conducía rápidamente á S. Em. hacia el cerro, desde donde S. M. Cristianísima buscaba con sus malos ojos á aquella picaruela condesa que todos habían visto excepto él.

Madama Dubarry no perdió tiempo, tomó el brazo del duque y dirigiéndose hacia los talleres, le dijo:

— ¡Sabéis que es Dios quien nos ha deparado ese buen cardenal!

— Para desembarazarse un momento de él; lo comprendo, dijo el duque.

— No, para indicarnos las huellas de nuestro hombre.

— Entonces vamos á su casa.

— Ya lo creo que vamos; solo que.....

- ¿Qué, condesa ?
 — Que tengo miedo, lo confieso.
 — ¡ De quién ?
 — Del brujo. ¡ Oh ! yo soy muy crédula.
 — ¡ Diablo !
 — ¿ Y vos no creéis en los brujos ?
 — ¡ Pardiez ! yo no digo que no creo, condesa.
 — Mi historia de la predicción....
 — Es un hecho. Y yo mismo, dijo el mariscal fro-
 tando la oreja.
 — Y bien, vos ¿ qué ?
 — Yo mismo he conocido á cierto brujo.
 — ¡ Bah !
 — Que un día me hizo un importante servicio.
 — ¿ Qué servicio, duque ?
 — Me ha resucitado.
 — ¡ Resucitado !!! ¿ á vos ?
 — Ciertamente, a mí. Estaba muerto, ni más ni
 menos.
 — Contadme eso, duque, contádmelo.
 — Entonces, ocultémonos.
 — Duque, sois cobarde sin igual.
 — No, lo que soy es prudente y nada más.
 — ¿ Estamos bien aquí ?
 — Creo que sí.
 — Pues bien; contadme esa historia; ¡ contádmela !
 — Vamos allá : hallábame en Viena (fué en tiempo
 de mi embajada) y una noche debajo de un reverbero
 recibí una estocada que me atravesó de parte á parte.
 La estocada fué de mano de marido, caí por tierra, me
 recogieron : yo estaba muerto.
 — ¡ Cómo ! ¿ estabais muerto ?
 — Sin duda que estaba muerto, ó casi muerto. Pasa
 un brujo que pregunta quién es aquel hombre que
 llevaban de aquel modo, respóndele que soy yo,

- manda parar la camilla, me derrama tres gotas de no
 sé qué en la herida, otras tres sobre los labios; se
 estanca la sangre, la respiración vuelve, los ojos se
 abren y me hallo curado.
 — ¡ Duque, es un milagro de Dios !
 — He ahí precisamente lo que me espanta; yo creo
 al contrario que es un milagro del diablo.
 — Tenéis razón, mariscal, porque Dios no habría
 salvado una alhaja de vuestra especie; á todo señor
 todo honor. ¿ Y vive vuestro brujo ?
 — Lo dudo, á no ser que haya hallado el oro po-
 table.
 — ¿ Cómo vos, mariscal ?
 — ¿ Conque vos creéis esos cuentos ?
 — Yo lo creo todo. ¿ Y era viejo ?
 — Matusalén en persona
 — ¿ Y se llamaba ?
 — ¡ Ah ! tenía un nombre griego magnífico, llamá-
 base Althotas.
 — ¡ Oh ! qué nombre espantoso, mariscal !
 — ¿ No es verdad, madama ?
 — ¡ Duque, ya vuelve la carroza
 — Perfectamente.
 — ¿ Estamos decididos ?
 — Sin duda.
 — ¿ Conque vamos á París
 — A París.
 — ¿ Calle de San Claudio ?
 — Si tenéis á bien... Pero el rey que aguarda....
 — Eso me decidiría á ir, si no estuviese ya deci-
 dida, duque. El rey me ha atormentado... ¡ Ahora te
 toca á ti rabiár, la Francia !
 — Pero va á creeros robada, perdida.
 — Con tanta más razón, porque me han visto con
 vos, mariscal.

— Mirad, condesa; también yo voy á ser franco á mi vez : tengo miedo.

— ¿ De qué ?

— De que contéis esto á alguno y se burlen de mí.

— Entonces se burlarán de los dos, supuesto que yo también voy.

— En resumen, condesa, vos me decidís. Además, si me descubrieseis, yo diré....

— ¿ Qué diréis ?

— Que habéis venido conmigo mano á mano.

— No os creerán, duque.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! condesa, si S. M. no estuviese allí.

— ¡ Champagne, Champagne ! por aquí, detrás de estos matorrales, que no nos vean. Germán, la portezuela. Ahora, á Paris, calle de San Claudio, y en el Marais, y á escape.

VIII

El correo

En la sala de la calle de San Claudio en donde nemos introducido ya á nuestros lectores, estaba Bál-samo sentado al lado de Lorenza despierta, y trataba de ablandar por medio de la persuasión aquel espíritu rebelde á todos los ruegos.

Pero la joven miraba de reojo, como Dido á Eneas pronto á marchar ; sus labios sólo se desplegaban para hacer reproches, y si su mano se extendía era para rechazar.

Quejábase de hallarse presa, de ser esclava, de no poder respirar ni ver el sol ; envidiaba la suerte de las más pobres criaturas, de los pájaros, de las flores, y llamaba á Bál-samo su tirano.

Luego, pasando de la reconvención á la cólera, hacía trizas las ricas telas que le había dado su marido para distraer con aquellas coqueterías la soledad que le imponía.

Por su parte, Bál-samo le hablaba con dulzura y la miraba con amor, dejando ver que aquella irritable criatura ocupaba un vasto espacio en su corazón, si no en su vida.

— Lorenza, le decía, querida hija mía, ¿ por qué me muestras ese espíritu de hostilidad y de resistencia ? ¿ Por qué no vivir conmigo que os amo más allá de todo encarecimiento, como una compañera dulce y